

# La soldado rusa

Felisa Moreno

Una cocina pobre de la Rusia los años cuarenta, un fogón sucio, una mesa pequeña y dos sillas. Entra IRINA, es alta, rubia y atractiva, aunque su rostro está contraído en un gesto duro, viste con dejadez, su pelo también está mal peinado. En sus movimientos se aprecia la rigidez de la instrucción militar. Se sienta en una de las sillas y apoya los codos en la mesa, luego, esconde la cabeza entre las manos. Entra DIMITRIA, su madre, de unos cincuenta años y se sienta a su lado.

DIMITRIA. Te lo avisé. Te dije que no te enrolaras en el ejército, pero tú no me hiciste caso. Tu madre nunca se entera de nada. Eso me dijiste, que yo no me entero de nada.

IRINA. *(Levanta la cabeza y la mira fijamente)* No hace falta que me lo repitas cada día.

DIMITRIA. ¿De qué te ha valido tu uniforme, tu valentía? A los hombres no les gusta que las mujeres vayan a la guerra, las quieren en casa guapas y dulces, dispuestas a complacerles. Eso es lo que yo te enseñé, pero tú tuviste que marcharte. Mírate, pareces una desarrapada. Si al menos te arreglaras un poco...

IRINA. Mataron a padre y a mis hermanos, en nuestra casa ya no quedaban hombres, y yo quería vengarlos, saldar cuentas con esos malditos alemanes. Y lo hice, maté a muchos, conseguí pilotar un avión y mis bombas cayeron sobre ellos... Fue duro, no lo niego, el tiempo que estuve en el frente, no dormía bien, apenas comía, siempre cargando con la ropa mojada, sin compresas para esos días del mes... Pero salimos adelante, yo y otras mujeres rusas y ahora...

DIMITRIA. Ahora os repudian, os echan a los perros. Yo sabía lo que iba a pasar porque soy más vieja que tú, porque sé más de la naturaleza del hombre. Se aprovechan de nosotras, nos usan, no somos más que objetos para ellos.

IRINA. ¡No! Me niego a pensar que todos los hombres sean así.

DIMITRIA. ¿Cuántos estarían dispuestos a casarse contigo? Les das asco, se habla de que las mujeres que iban al frente sabían cómo consolar a los soldados. ¿Tú lo hacías?

IRINA. Yo no consolaba a nadie. Si entregué mi cuerpo a algún hombre fue porque a mí me apeteció hacerlo. A veces, solo por sentir el contacto de otra piel sobre la mía, para recordar que seguía siendo humana, una mujer hermosa y deseada. Pero nunca lo he hecho por dinero, no soy una puta. Ni por consolar a nadie, más bien por no volverme loca.

- DIMITRIA. Nunca repitas eso en voz alta, si lo haces, tu esperanza de casarte se habrá esfumado.
- IRINA. ¿Y quién te ha dicho que quiera casarme?
- DIMITRIA. La vida es dura si no tienes a un hombre que te respalde. Eres muy hermosa, quizás con el tiempo se olviden...
- IRINA. ¿Se olviden de qué? ¿De que me he portado como una heroína? ¿De que he defendido mi patria sin importarme arriesgar mi propia vida? ¿Dónde están los homenajes que merecemos las mujeres? *(Con un grito desgarrador)* ¿Dónde?
- DIMITRIA. No esperes más homenaje que la indiferencia. Al estado no le gusta reconocer que ha necesitado del valor de las mujeres rusas para vencer a los alemanes. Silenciarán vuestras hazañas, callarán vuestras voces. *(Suplicante)* Irina, hazme caso, arréglate, busca un hombre. No quiero para ti esta vida de miseria.
- IRINA. Ya me da todo igual. No tiene sentido vivir así, lo he perdido todo, casi todo. Pero aún conservo esto. *(Busca en el bolsillo de su abrigo y saca una pistola se la pone en la sien y mira a su madre suplicante)* Sal de la cocina, no quiero que veas mi muerte.
- DIMITRIA. No, no lo hagas. La vida es sagrada, no puedes atentar contra ella, pertenece a Dios. Después de todo lo que has luchado por mantenerte viva en el frente, si te matas ahora le darás la razón a ellos, a los hombres que dicen que las mujeres somos débiles. No, tienes que vivir y si no quieres casarte, no lo hagas. Quizás tengas razón, ya está bien de depender de ellos, de ser sus esclavas sumisas. Pero me temo que no se avecinan buenos tiempos ni para las mujeres ni para la mayoría de los rusos. Esta victoria es amarga.
- IRINA. Te recuerdo que este país ahora es ateo, cuidado con lo que dices, mamá. Dios no existe y, si existiera, tendría cosas más importantes de las que ocuparse que de la vida o muerte de una pobre soldado rusa.
- DIMITRIA. Si disparas cometerás un asesinato, me habrás matado también a mí. Eres lo único que me queda, lo único que merece la pena, la prueba de que mi vida anterior existió, una vida feliz junto a tu padre y tus hermanos. ¿Recuerdas?
- IRINA. *(Bajando lentamente la pistola)* Sí, recuerdo los veranos de mi infancia, eran luminosos, como el futuro que yo imaginaba. Pero todo eso se ha marchado, ahora apenas es un borrón en mi memoria. El invierno lo embarga todo. El sonido de las balas, la nieve manchada de sangre, los muertos desmembrados por las bombas enemigas... Eso es lo que recuerdo más vívidamente.
- DIMITRIA. Dame esa pistola *(Se acerca y se la quita con cuidado. IRINA está inmóvil y rígida, con la mirada perdida, como si estuviera muy lejos de allí)* Ya está. La voy a guardar, no se te vaya a pasar otra vez por la cabeza esa absurda idea.

IRINA. *(Se echa a llorar y abraza a su madre)* No me dejes sola esta noche. En la oscuridad creo que va a estallar una bomba y me imagino saltando por los aires, con un brazo o una pierna desprendiéndose de mi cuerpo. Si estás a mi lado, puedo imaginar que sigo siendo solo una niña que va a la cama de sus padres cuando tiene una pesadilla. Ayúdame a vencer este invierno que me está helando el alma.

*(Las dos mujeres permanecen abrazadas mientras suena una marcha militar y se ven imágenes de la celebración de la victoria rusa en la Segunda Guerra Mundial. La música va bajando de intensidad y se escucha una voz de mujer en off)*

VOZ EN OFF. “Casi un millón de mujeres combatió en las filas del Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial, pero su historia nunca ha sido contada”. Svetlana Aleksievic, Premio Nobel de Literatura